

UN CUENTO LLAMADO POLI DELANO

Ibamos en el funicular del cerro San Cristóbal. A ratos lo miraba, sin que él se diera cuenta, para descubrir cosas de su rostro. Tiene unos ojos verdes, intensamente verdes, escondidos tras una mata de pestañas. Su rostro es fuerte y anguloso.

La mirada un poco nostálgica, los bigotes que apenas dejan ver el labio superior, y ese jockey que lleva puesto, me hicieron recordar a un marinero de esos que andan por el mundo borrachos de melancolía por el puerto que dejaron ayer. Tiene cosas del mar. Hasta un ancla tatuada en el brazo derecho. Se parece a un capitán de barco griego. Este hombre, Poli Délano, tiene además algo muy extraño y fascinante: es una callada manera de ser estruendoso, vital y de la tierra. El funicular seguía subiendo y él, con la vista fija en Santiago, no decía nada, como si ese primer encuentro tuviera que ser así, masticado silenciosamente. “Han pasado casi once años”, comentó.

Cuando el funicular se detuvo, nos bajamos y anduvimos un buen rato mirando la ciudad desde la terraza. “¡Cómo ha crecido!”, dijo y después retornó a sus pensamientos.

Yo le mostraba los edificios nuevos, esos caracoles y esas torres que surgieron, pero él parecía no escucharme. Entonces comprendí que no estaba mirando este Santiago: estaba tratando de rescatar esa otra ciudad lejana, la que él dejó hace casi once años, cuando salió al exilio. “Tenía como hambre de un invierno chileno”, dijo de repente. Y volvió a callar.

—Hábleme del exilio. ¿Qué se siente cuando sobre uno pesa la prohibición de vivir en su país?

—Se siente, bueno, yo, una gran humillación y mucha rabia. El deseo de regresar se convierte en una necesidad que domina otros aspectos de la vida y que al no satisfacerse va corroyendo el espíritu.

“Se vive como de paso, en tránsito, y entonces uno no se asienta, se resiste a echar raíces, se queda sin su centro de apoyo. El personaje de un cuento mío dice lo siguiente, definiendo su condición de exiliado: parece que se extrañaran las cosas con mucho mayor intensidad que en otros viajes: el color de las tardes santiaguinas cuando al cruzar una calle miras disimuladamente al oeste y te golpea la violencia del sol deformándose en su choque contra el horizonte, la temperatura de cada mañana luminosa, el cañonazo del cerro al mediodía, las callecitas del barrio, el almacén de don Memo, donde hasta entonces quedaban botellas de vino viejo a precios rebajados, los vecinos que cruzan a diario en tu paso hacia Irarrázaval, y el ladrido de los perros de toda la manzana, el aleteo de las palmeras de mi casa golpeando los postigos, el olor a cazuela de los domingos, el aplastante saludo matinal de la cordillera con sus tonos púrpura y rosas, con sus pliegos de viejo paquidermo, el estornudo alérgico bajo la invisible nevazón de polvillo de los plátanos orientales, todo, todo, cobra nuevas dimensiones desde lejos.”

—¿Cuál diría usted que es el rasgo inconfundible del exiliado?

—Su voluntad de retornar. Sin ese retorno como destino no hay verdadero exilio. Si un exiliado decide no volver a su país, deja de ser exiliado, ya que empieza a estar fuera por su propia decisión. Creo que es una gran injusticia y arbitrariedad el hecho de que haya tanta gente que no puede ejercer el derecho a vivir en su patria.

ASI ES ESTE ESCRITOR CHILENO QUE HA VUELTO DEL EXILIO; COMO UN CUENTO, COMO UNA HISTORIA LLENA DE VIDA, DE PASION, DE LOCURA Y PLACER. UN CHILENO QUE RECONOCE: “TENIA COMO HAMBRE DE UN INVIERNO CHILENO”.



PALABRAS DE TIERRA, SEXO, AMOR, LOCURA Y MUERTE

Los cuentos de Poli Délano, como “Dos lagartos en una botella”, “Alacrán negro”, “El mar”, “bajo la ducha”, “las vacas flacas”, y sus novelas “Piano bar de solitarios”, “El verano del murciélago”, tienen algo exultante. No es posible leerlos sin estremecerse. Jaime Valdivieso,

ese otro gran escritor chileno, que fue su vecino en Cuernavaca, me dijo un día: “el signo literario de Poli es la vitalidad, el dinamismo, el amor por la vida, la amistad, la comida, el sexo... “Y es verdad: las mujeres, el amor, el sexo, los tangos y boleros, el vino y los mariscos, están presentes a lo largo de toda su obra... Esos diálogos de amantes enardecidos:

—Sí, amor, atúrdeme, estruja mis pechos, bésame más, bésame mucho, igual que en el bo-

lero, como si fuera esta noche la última vez.

—Dame la botella.

—Porque sí es la última vez.

—¡De la patada este pisco!

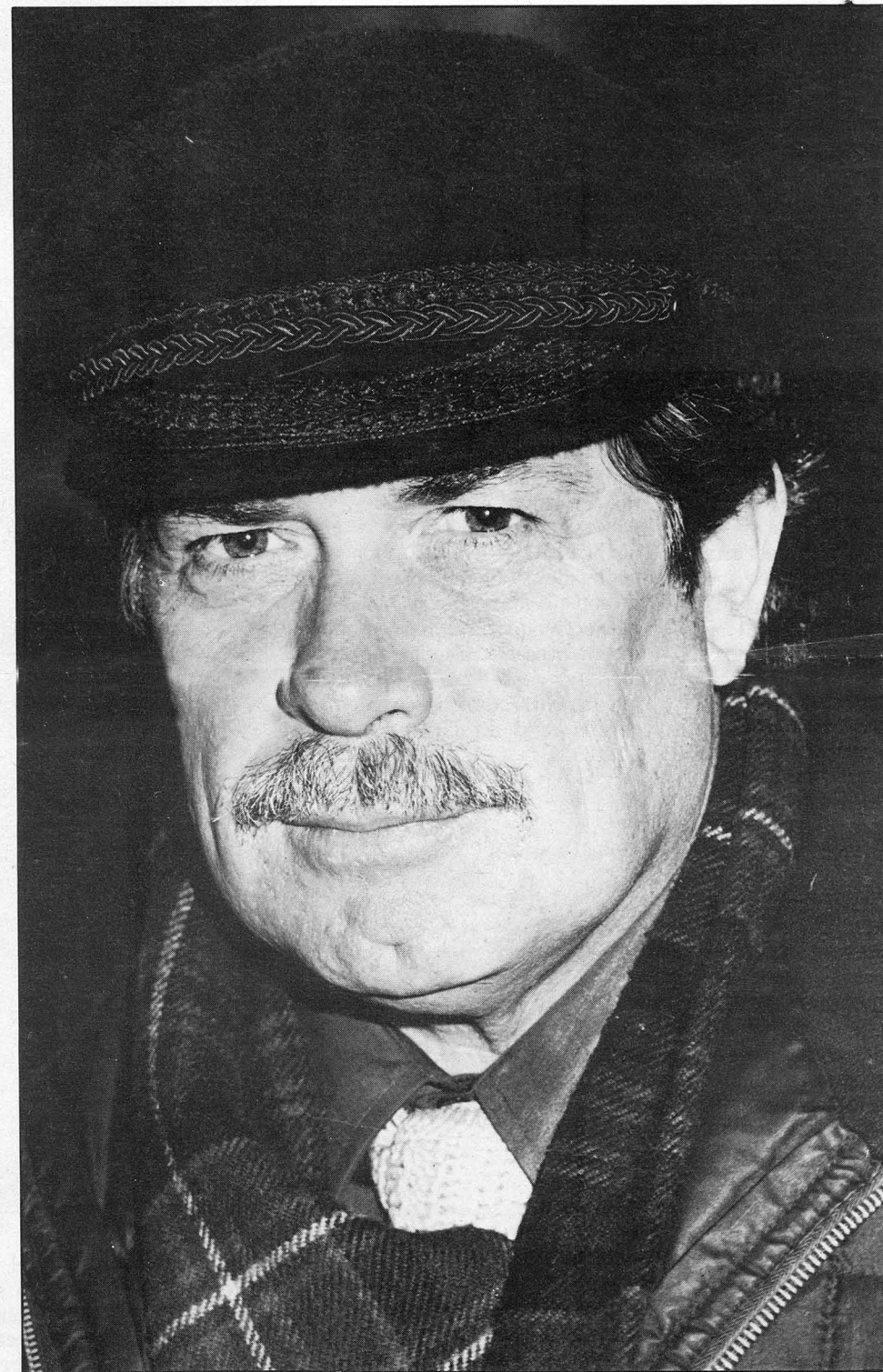
—Seguro que tienes miedo de perderme, así es que no te hagas.

—Ya te perdí, ¿no? ¿No dices que esta noche es

largábamos a Santiago con hijos y todo y que dedicábamos el resto de todo el tiempo, entre otras cosas, a vivir juntos como correspondía...”. Pero Nadine le dijo que no, “ándate derecho a la cresta”, le dijo.

Y esa enana maldita de “Piano bar de solitarios”, la enana Julieta que apareció como por encanto y se enamoró del homosexual provocando la locura del compañero del amante, que muerto de celos, de angustia y de dolor, intentó suicidarse...

En los libros de Poli Délano todo es así, una mezcla de ternuras, cataclismo, placeres y sufrimientos.



“Se vive como de paso, en tránsito. Entonces uno no se asienta”, dice Poli Délano, hablando del exilio.

◀ “Me gustan los caracoles, las piedras, los instrumentos náuticos... Los insectos de acrílico.”

la última vez? Así hablan los amantes de “Dos lagartos en una botella”.

Y ese otro personaje de “Alacrán negro”, que casi muerto de angustia intentó recuperar a la mujer que amaba “y como poseído de los espacios enfilé directo al teléfono, Pekín, Yoipinguang, bloque número siete, departamento cinco, Nadine, persona a persona, y casi llorando, suplicante, le dije que se viniera, que se las arreglara de algún modo y se viniera, que nos

HABLEMOS DE COSAS DIVERSAS

Uno puede pasar horas hablando con este escritor exuberante, que no cree en Dios, que ama a las mujeres y que vive en armonía con sus propias obsesiones. La cordillera es una de ellas. Dice que no le gusta escribir con la cordillera por detrás “porque siempre está espiándome”. Cuenta que él la mira de reojo, para ver si ya se

fue, “pero sigue estando donde mismo”. Por eso es que le gusta la cercanía del mar.

—Pero un hombre como usted no pensará irse solo a enterrar en una playa. Tendrá que llevarse alguna mujer, ¿cómo le gustaría esa mujer?

—Debe tener paciencia para aguantarme, sentido del humor, buena risa; un poco de locura y no mucho monólogo; bastante ternura, mirada dulce. En lo posible que sea aficionada al tango, a los mariscos, a los viajes. Me gustaría bonita, esbelta, libre de prejuicios y mojigaterías. Como Nadia.

—¿Cómo entiende el sexo?

—¿Cómo lo entiendo? Diría que como una práctica. Necesario, como beber o comer, e igualmente rico.

—¿Qué le dice a usted la palabra occidente?

—Cierta civilización un tanto gastada, con predominio histórico del hombre blanco que es una de las bestias más dañinas del planeta. Ha producido las peores guerras y los fenómenos sociales más siniestros, como por ejemplo el nazismo.

—¿Qué objetos le gustan?

—Me gustan los caracoles, las piedras, los instrumentos náuticos, los astrolabios, las máscaras, las lapiceras, los colmillos de diversos animales, los insectos en acrílico.

—¿Cómo sería una conversación suya con una prostituta en un bar?

—De mi parte, muy respetuosa. No le pediría que me contara la historia de su vida. La conminaría a que centrara su interés en clientes potenciales, con lo que me estoy mandando la parte, al sugerir que no me iría con ella.

—¿Qué le gustaría que yo le preguntara?

—La hora.

—¿Está apurado?

—No.

—Entonces, sigamos... ¿Por qué es tan recurrente la música popular en su literatura?

—De repente descubrí que las letras de las canciones son apoyos espléndidos para cosas que uno quiere decir y que facilitan la comunicación debido a que son, en general, patrimonio común. La sensiblería de los boleros, la queja amarga del tango... Las letras de las canciones dicen casi lo mismo en toda época y en todo lugar. En una novela mía hay una viejita bastante chiflada que desarrolla toda una tesis para afirmar este punto. Realiza una especie de estudio comparativo entre letras de canciones. Concluye que es igual esta letra de tango: “decíme qué pasó, no alcanzo a comprender...”, que esta otra de un bolero: “acuérdate que sin razón, te fuiste sin decirme adiós”, y que la de los Beatles: “Why she had to go, I don’t know, she wouldn’t say”.

“También recurro mucho a las películas. Al decir, por ejemplo, que fulano de tal hizo una sonrisita como de Robert Mitchum, hay una gran cantidad de personas que van a saber de inmediato qué tipo de sonrisita hizo el personaje.

“De muchacho iba mucho a las populares del Italia, donde daban tres películas pasadas; y a las quintas de recreo, como la “Valparaíso”, donde tangos y boleros llevaban la batuta.”

—¿Qué le diría usted a Napoleón si lo encontrara en la plaza de Armas?

—Le diría: hola Napoleón. Sáquese el brazo de atrás, entre la guata y vuélvase a su propia época.

—¿Qué cosas le dan miedo?

—Fundamentalmente la violencia y el dolor. Cualquier forma de violencia: la guerra, la represión, los terremotos.

—Dígame tres cosas en las que cree y una en la que no crea en absoluto...

—Creo en el amor, en un buen futuro, de mayor justicia y felicidad para el hombre, y en los sentidos. No creo en Dios. ■